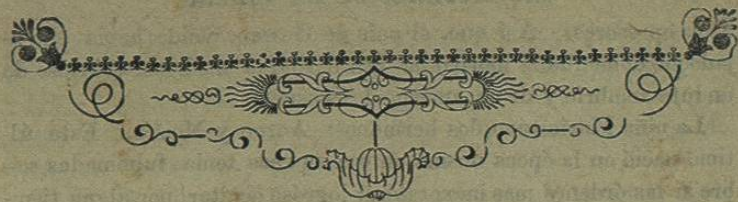




Viuda é hijos de Arango, Editores.

Lit. Llano y C<sup>o</sup> Ma

MARIA.  
(hermana de Moyses.)



## MARIA, HERMANA DE MOISES.

Tympana tenta tonant palmis et cymbala circum-  
Concava . . . . .

(Lucret. lib. 2).

**A** mediados del décimo sexto siglo que precedió la era cristiana, cerca de cuatrocientos años despues de la llegada de Jacob á Egipto, Jocabed, mujer de un hebreo llamado Amram, de la tribu de Leví, dió á luz una hija, que se llamó María. Ramessés IV empuñaba entónces el cetro de los Faraones, y le hacia pesar como de hierro sobre la cabeza de los sucesores de Israel. El que le sucedió en el trono adoptó una política mas dura todavía: abusando de la fuerza, tuvo á los hebreos por esclavos suyos, é hizo precipitar en el Nilo todos los hijos varones que les nacieran, á fin de impedir el aumento de esta colonia, que daba ya alguna inquietud

á sus opresores. Así que, el país de Gessen, donde habia ella fijado su domicilio, á motivo de tan bárbaras medidas, cubrióse de un luto sombrío y de un amargo desconsuelo.

La niña María tuvo dos hermanos: Aaron y Moisés. Este último nació en la época misma en que su raza tenia fulminadas sobre sí las órdenes mas inexorables: logróse ocultar por algun tiempo su nacimiento; mas, en fin, por temor de no ver extendido sobre su tierna frente el brazo de los verdugos, su madre tomó la resolución de confiarlo á las olas del Nilo, exponiéndole en una cestilla de juncos, cubierta de betun. María, muy jóven aún, quedó con el encargo de vigilar el precioso depósito, y nada pudo tanto para desarmar la crueldad del edicto, como la inocencia y la debilidad en la víctima, y en la que se le daba por defensa. Por último, la hija del rey fué la primera que descubrió la cesta cerca las riberas del rio, á donde, seguida de sus camaristas, iba á tomar un baño. Moviéndose á compasión en vista de aquel desgraciado infante, le salvó de la muerte, y á invitacion de la tierna María, tuvo á bien confiarle á Jocabed, sin saber que Jocabed fuese la madre. Así es como María se halló puesta como un ángel tutelar sobre la frágil cuna en donde reposaba, con la vida de Moisés, el destino de todo un pueblo. ¡Fortuna singular de los grandes hombres que Dios une solamente con un hilo á sus mas estupendos designios, como para poner en descubierto la vanidad del orgullo, y prevenir el desaliento del libre alvedrío, mostrando á los ojos de todos de dónde procede la verdadera fuerza, y qué apoyo queda aun á los que todo persiguen y abandonan.

Moisés fué educado en la corte, y colmado primero de honores y de estimacion; despues se hizo odioso y se vió obligado á huir de Egipto. Cuando volvió á él, fué con el objeto de libertar á sus hermanos. Despues de largos esfuerzos para inspirarles confianza, despues de golpes terribles, en los que Dios le sostuvo con su brazo, para intimidar y vencer la pertinacia de los tiranos, le fué por fin permitido el salir del reino al frente del pueblo hebreo, que no contaba ménos de seiscientos mil hombres armados. Debía alcanzar

la region que recibió algo despues el nombre de Palestina; mas en lugar de dirigirse á ella inmediatamente, tomó una ruta de rodeo, y ántes de abandonar el continente africano, se internó en las gargantas y desfiladeros, entre el Mar Rojo y la montañas que le dominan por la parte de Occidente.

El Mar Rojo es un golfo del océano indio, que se extiende desde el Mediodía al Norte sobre un trecho de mas de cuatrocientas leguas, y que separa el Asia del Africa. Este nombre le viene de las canteras de mármol rojo abiertas sobre una de sus orillas. En su lecho crecen las altas yerbas, plantas y arbustos, lo cual ha hecho que se llamase tambien mar de Suph, ó mar de los juncos. A su extremo se divide en dos golfos, en medio de los cuales se adelantan como un cabo vastos arenales y montañas pertenecientes á la Arabia Petrea. Despues de treinta siglos, estos lugares habrán sin duda sufrido algun cambio, pero subsiste todavia allí lo que se halla fuera del alcance de toda revolucion, y que por lo presente deja juzgar de lo pasado. El golfo occidental que tenia Moisés delante de sí, presenta en el dia una longitud de cerca de cinco mil pasos. Las mareas son allí ordinariamente de dos metros, y se levantan hasta tres ó cuatro metros, cuando el viento del Sud las arroja con violencia. Por lo demas, están sujetas á este movimiento de flujo y reflujo que balancea las aguas del Océano, pero que no deja por largo tiempo seca la playa, y que, sobre todo, no suspende jamás las ondas á derecha é izquierda para abrir camino á un pueblo innumerable.

Hubo allí un momento solemne y terrible para los hebreos luego de llegados junto al Mar Rojo. Al Este un golfo inaccesible; al Oeste una cordillera de montañas, que no podia de otra parte abajarse bajo la planta de los peregrinos, sin ponerlos en manos del Egipto enemigo; al Mediodía un valle que se iba hundiendo hácia regiones desconocidas: tal era el horizonte, cuando de repente se apareció en el Norte un ejército numeroso que corria con sus carros y sus caballeros. Era Faraon al frente de sus tropas. Sabido es ya el asombroso prodigio que allí se verificó: á la órden

de Moisés, abrióse el mar, alzando de una parte y de otra sus aguas sólidas como una muralla, y dejando á los hebreos un largo sendero, los cuales pasaron durante la noche. A otra nueva orden el mar descendió como una casa que se desploma, sepultando en sus ondas las tropas egipcias, á quienes el ardor de la venganza impelia á seguir las huellas de sus antiguos esclavos. Arrojaron un grito de espanto á la vista y al fragor de las ondas que se desplomaban sobre sus cabezas. "Huyamos de Israel, porque su Dios combate contra nosotros." Pero las ondas marchaban debajo la mano de Jehová, como un caballo cuya fogosidad es impulsada por un arrojado jinete; llenaron el abismo de una á otra orilla, y no se oyó un grito mas.

Los viejos monumentos del Egipto atestiguan en efecto que en esta misma época un Faraon, con el nombre de Amenofis III, desapareció de repente, y fué reemplazado por un rey célebre, Sesóstris el Grande. En cuanto á los hebreos, sus libros sagrados están llenos del recuerdo de tan alto acontecimiento; ellos hablan incesantemente de la mar, replegándose con espanto sobre sí misma, del brazo de Dios, trazando un camino sólido al través de las aguas, y ahogando un ejército, como se extingue una mecha humeante. A la misma hora, y sobre el teatro de una victoria tan inopinadamente conseguida, un himno magnífico celebró la libertad de Israel. María, hermana de Moisés, conducía el coro de las mujeres, y todas juntas repetían el estribillo de este canto sublime.

Cantemos este dia

De Jehová el poder y la grandeza,  
Que arrojó al mar caballo y caballero.  
Mi lauro y gloria mia  
Es Jehová, y es tambien mi fortaleza  
Y mi salud en el peligro fiero:  
Este es mi Dios y el Dios de mis mayores;  
Resuenen en mi canto sus loores.

El solo en la pelea  
Es Jehová; su nombre omnipotente  
De Faraon el carro, el numeroso  
Ejército que manda, los que emplea  
Gefes y capitanes, con la gente  
Mas escojida, arroja en el undoso  
Piélago: allí les deja abandonados,  
Todos en el Mar Rojo sepultados.

Cubrióles el abismo:

Cual enorme peñon, del peso grave  
Tirados caen al profundo seno  
En mortal parasismo.  
Tu diestra, Jehová, de la alta clave  
Quiso su fuerza y su poder de lleno  
Mostrar; tu diestra, Jehova, condena  
Al enemigo á irremisible pena.

Con gloria has abatido

Inmortal esta vez á tus contrarios:  
Prendió en ellos el fuego de tu enojo,  
Y los has consumido.  
Espumas forma y remolinos vários,  
Agitando sus aguas, el Mar Rojo;  
Mas detenidas por tu soplo ardiente,  
En medio el mar suspenden su corriente.

Creía el enemigo

Darnos alcance, hacernos prisioneros;  
De despojos hartarse presumia.  
Decia ya consigo:  
Al filo morirán de mis aceros.—  
Sopla tu viento al despuntar el dia,  
Trágaselos el mar, y cual pesado  
Plomo, les hunde el piélago salado.

¿Quién á tí semejante

Será, Jehová, en poder y fortaleza?

¿Quién á tí, que tan grande y santo brillas,  
Se te pondrá delante?

Terrible, y en tu misma terribleza  
Loable, y hacedor de maravillas.  
Tú extendiste tu brazo poderoso,  
Y lo devoró el lecho cavernoso.

Tú guiarás ahora  
En tu misericordia al pueblo amado,  
Que con tanto portento has redimido.  
Tu siempre vencedora  
Fuerza llevará al lugar sagrado,  
Donde tu mansion has establecido;  
Y vengan pueblos mil contra el Hebreo,  
Y arda en envidia el duro Filisteo.

Al cananeo altivo,  
Al Idumeo, al fiero Moabita  
Empieza ya á turbar nuestra llegada,  
Que ven con ceño esquivo.  
Pues en su pavor sientan la infinita  
Fuerza de tu poder, tan señalada,  
Que inmóviles como piedra estén mirando  
A tu pueblo pasar, siempre temblando.

A tu pueblo, adquirido  
Por tí, que sin temer su resistencia,  
Pasa; y en la mansion que le has mandado,  
Vas á ser introducido,  
Y plantado en el monte de tu herencia:  
Firmísima mansion que has fabricado  
Por tus manos, Señor, como quisiste,  
Y allí tu santuario estableciste.

Reinará eternamente  
Jehová, y mas que eterno su reinado  
Será, y mas que los siglos la memoria  
Durará permanente

De Faraon, y el carro en que sentado  
Marcha con tanta magestad y gloria,  
Y la insolencia y temerario arrojo  
Con que se atreve á entrar en el Mar Rojo.  
De mil carros seguido  
Viene, y de su veloz caballería,  
Cuando Jehová, soltando las corrientes  
Que habia detenido,  
Sepulta en el abismo su osadía:  
Mientras los hijos de Israel valientes  
Del mar entre las ondas se pasean  
Sin temor, y á pié enjuto lo vadean.

Y María y las mujeres israelitas, repetian con panderos y danzas,

Cantemos este día  
De Jehová el poder y la grandeza  
Y arrojó al mar caballo y caballero.

¡Qué brillante y magnífico espectáculo; un pueblo inmenso iluminado por los primeros rayos del sol, dando gracias postrado delante de Dios, con himnos y cánticos, de haberle salvado de sus opresores, que con sus carros, y armas, y caballos, y monarcas, yacian sepultados allí mismo debajo de las ondas dóciles á la voz del Señor! ¿Puede acaso presentar la historia de los pueblos hecho tan singular y por tantos títulos asombroso?

En la marcha, al través de las soledades de la Arabia, y entre los afanes que le imponia la direccion de todo un pueblo, Moisés, agobiado de fatigas, y á menudo de ingratas recriminaciones, se habia descargado de una parte de su inmensa responsabilidad. Por consejo de su suegro, anciano lleno de experiencia, y por orden despues del mismo Dios, escogió entre los ancianos de Israel una especie de senado que pudo compartir con él el peso del gobierno. No obstante, no pudo lograr ponerse al abrigo de estas críticas en-

vidiosas que suscita en todos tiempos el ejercicio del poder: hasta llegó á murmurar su propia familia. María, desde un principio, supo ganar el ánimo de Aaron, y uno y otro creyeron deber quejarse de Séfora, mujer del legislador, la cual se mostraba quizá demasiado severa y exigente á causa del grandioso ministerio de que se hallaba revestido Moisés. Su calidad de extranjera hacia tambien mas susceptible de irritarse la recelosa envidia de sus parientes hebreos. ¿Y quién ignora, por fin, que una sensibilidad naturalmente propensa á conmoverse, ardiente para reaccionar, era mas que suficiente para turbar desde luego dos mujeres, sentadas en un mismo hogar, presentándoles como un objeto insupportable sus opuestos caracteres, y aquellas disensiones domésticas que se embotan de ordinario en la fuerte organizacion del hombre?

Sea de esto lo que fuere, María y su hermano Aaron elevaron sus quejas á mayor altura que Séfora. “¿Es tal vez Moisés, dijeron, el único á quien ha hablado Dios? ¿Este Dios no se nos ha dado tambien á entender á nosotros?” Y de otra parte, no habia hombre mas manso y bondadoso que el tan injustamente acusado, ni que fuese mas digno de ser obedecido sin réplica ni murmuracion. Pero Jehová se declaró solemnemente en su favor. Su formidable palabra resonó en los oidos de los dos culpables. “Si hay entre vosotros algun profeta, yo me le apareceré en vision, ó le hablaré en sueño. Mas no así con mi siervo Moisés, que descuella en fidelidad á todo mi pueblo. Pues á este le hablo boca á boca, me vé cara á cara y no con enigmas y figuras. ¿Cómo, pues, no habeis temido levantaros contra él?”

Al punto vióse María atacada de la lepra, enfermedad frecuente en aquéllos siglos y países, y de un carácter horrible y peligroso. Espantado Aaron, corrió á decir á Moisés: “Suplícote perdones esta falta en la que tan locamente hemos caido.....” Moisés, en efecto, consiguió de Dios por sus súplicas la curacion de su imprudente hermana, mas no por esto dejó ella de estar separada del campamento por espacio de siete dias, tiempo prefijado por la

ley, tanto para certificarse de la existencia de la lepra, cuando los síntomas eran dudosos, como para asegurarse de que habia desaparecido despues de las apariencias de una curacion. La naturaleza de aquella calamitosa dolencia exijia esta separacion; pues comunicaba su germen voraz á todos los objetos tocados por el leproso, de manera que nadie podia acercarse á ellos sin quedar lesiado. En aquellas edades remotas, las dolencias contagiosas y pestilentes, ya retenidas en el suelo que las producía, ya diseminadas ó llevadas á grandes distancias, devoraban á veces la mitad de una nacion con una rapidez desesperada. Ya porque entónces la poblacion constreñida en demasía, se veia forzada á abandonar vastas extensiones de tierra á su estado salvaje é insalubre; ya porque el hombre, falto de experiencia, no sabia combatir tan enérgicamente como ahora las influencias deletéreas del clima y de las estaciones. Tales eran la malignidad de la lepra y el motivo de las privaciones impuestas á los atacados de ella.

María pertenecía por la edad á aquella generacion nutrida en la servidumbre, y que se espantaba del trabajo de la libertad, y condenada á causa de sus murmuraciones contra Dios, á perecer fuera de la tierra prometida. El anatema alcanzó á todos y á cada uno de los que contaban la edad de veinte años, cuando los exploradores enviados por Moisés al pais de Canaan hicieron la cobarde relacion de lo que habian visto, provocando de este modo las quejas sediciosas de la multitud. María pagó su tributo á la muerte pocos meses ántes de sus dos hermanos. El largo y penoso destierro de los hebreos iba á tocar á su término, y ya la imagen de la patria y del reposo aparecia en algun modo en su horizonte. Hallábase entónces el ejército en Cades, sobre la frontera meridional de la Idumea, y allí encontró María su sepulcro.



## LA SUNAMITA.

Mulier benefaciens.

(Eccles. XLII. 14.)

In operibus bonis testimonium habens

.....hospitio recepit.

(1 ad Timoth. V. 10.)

**E**LIAS y Eliseo acababan de salir de la aldea de Galgala, situada entre el Jordan y Jericó, é iban caminando por aquellos campos. Elías, advertido interiormente que había llegado su hora de dejar la tierra, quiso separarse de su discípulo: “Quédate aquí, le dijo, porque el Señor me envía hasta Bethel.” A lo que respondió Eliseo: “Te juro por el Señor y por tu vida, que no te dejaré.” Llegaron, pues, juntos á Bethel, pequeña villa de la tribu de Benjamin, en donde había un colegio de profetas, los cuales fueron á encontrar todos á Eliseo, y le dijeron: “¿No sabes tú que el Señor se te llevará hoy á tu amo?” “Ya lo sé, callad,” les



Viuda é hijos de Arango, Editores.

J. M. Villasana

Lit de Llano y C<sup>o</sup>

LA SUNAMITA.